

PUBLICACION QUINCENAL



GRATIS PARA LOS SOCIOS

LAURAK-BAT

REVISTA DE LA SOCIEDAD BASCONGADA DE MONTEVIDEO

OFICINA CENTRAL

de la sociedad «Laurak-Bat» de Montevideo calle del Norte núm. 19 (Plaza Independencia).

Ofrece sus servicios desinteresados á los señores socios correspondientes en el exterior, socios agentes en los diferentes departamentos y pueblos de este país, y á todos sus hermanos los hijos de la gran familia vasco-navarra, donde quiera que se hallan establecidos ó domiciliados, en cuantos datos, conocimientos, diligencias y gestiones necesiten, sea en la capital ó en el interior de la República, en la seguridad de que se hará un deber en servir gratuitamente y con el mayor celo y actividad.

LA GERENCIA.

LAURAK-BAT

Montevideo, Marzo 1.º de 1883.

En Montevideo á 23 de Febrero de 1883, reunida la Comisión Directiva, bajo la Presidencia del Sr. Umarán y asistiendo los Sres. Arrizabalaga (P.), Irigaray, Zugaramardi, Arestizabal, Larraachea, y el Secretario firmante, se declaró abierto el acto á las 8 y 1/4 de la noche, manifestando el Sr. Presidente que, aun cuando no estaban presentes los individuos de la Comisión que requiere el Reglamento interno para formar quorum, la sesión podría tener lugar del mismo modo por cuanto los miembros inasistentes habiéndose todos excusado, con motivo de hallarse algunos enfermos y otros ausentes.—Que á última hora el Sr. Basarte le había manifestado que prestaría su asentimiento á todas las decisiones de la mayoría. Dada la especialidad del caso resolviéndose continuar la sesión.

Se da lectura del acta de la sesión anterior y es aprobada sin observación.

Se leen enseguida los siguientes asuntos entrados.

Carta del Sr. D. Manuel Juambeltz, agente de la Sociedad en el Durazno, recomendando á la Sociedad al Sr. D. Domingo Garbilondo, que afligido por una prolongada enfermedad y careciendo de recursos, desearía reempatriarse—cométese á los Sres. Vocales Arrizabalaga, y Hormacche el encargo de informar al pie de la petición acerca de la exactitud de las circunstancias enunciadas.

Nota del Sr. D. V. Sorazabal, agente de la Sociedad en el Paraguay, haciendo renuncia de su cargo por tener que ausentarse para Europa, é indi-

cando como persona apta para reemplazarlo, al Sr. D. Doroteo Almudez.—Contéstese, haciendo lugar á la renuncia dicha, agradézcanse los servicios prestados y pásese al nuevo nombramiento y archívese.

Nota del Sr. D. S. A. Artola del Rosario Oriental, solicitando facultad para proceder al nombramiento de Tesorero, de un secretario hadnoren para la Sub-Comisión de Reempatrio y Laurak-Bat existente en aquel punto—en razon del crecido número de socios que allí existen.—Contéstese accediendo y archívese.

Se acordó también á propuesta del mismo Sr. nombrar agente de la Sociedad en las Puntas del Durazno (Colonia) al Sr. D. Eusebio Odriozola.

El Sr. Presidente participa á la Comisión haber sufrido un ataque de enajenación mental el consocio D. Pablo Llantada, según declaración facultativa, encontrándose este joven sin familia ni pariente alguno que pueda proporcionarle todos los cuidados que le son necesarios en tan grave situación. Quo con este motivo se había decidido reempatriarlo, habiéndose al efecto iniciado entre algunos de sus amigos la recolección de algunos fondos con que poder sufragar las necesidades del momento y su regreso á la madre patria.—Habiéndose obtenido hasta el momento satisfactorio resultado.—Que por estas circunstancias especiales creía que la Sociedad podría contribuir con algunos recursos de su fondo social encargándose á la vez de ser la remitente de los que pudieran reunirse con las distintas listas de suscripción que existen diseminadas. Despues de un breve cambio de ideas se resolvió facultar al Sr. Presidente para proceder en el sentido expresado concurriendo esta institución con la suma de \$40.

Y no siendo para más el acto, la sesión se levantó á las 10 de la noche.

El parlamento de Chile

La Asociación Laurak-Bat, procediendo con toda justicia, ha protestado de las demasías y exageraciones del Sr. diputado Puelma Tupper, y nosotros, en la esfera de nuestras facultades, rectificamos también todo lo que creímos falta de verdad en lo que se refirió á las provincias bascongadas.

El discurso del Sr. Puelma nos parece cada vez más vano y más extraño, porque debemos suponer que un diputado que representa provincia tan importante como la chilena de Coquimbo, debe estar suficientemente ilustrado en

todas las materias que hayan de tratarse en aquella congregación.

El Sr. Puelma ha padecido en verdad los más lamentables errores, pero el error magno, el que sobresale por su imperfecto y gran volumen, es el que se refiere á la criminalidad de los bascongados siendo tal vez y sin tal vez el pueblo que arroja en sus tablas, el menor número de criminales con relación á la densidad y número de la población.

Entre los monumentos que el Señor Puelma no ha visto en aquellas provincias existe la penitenciaria modelo de Vitoria, establecimiento suntuosísimo que, en la mayor parte de los tiempos, sólo es ocupado por unos pocos presos, quedando todo el edificio en hueco por falta de esas gentes de estileto que el Sr. Puelma encontró despostando en los caminos de aquellas provincias.

Hay exageraciones verdaderamente ridículas, hay mentiras verdaderamente tristes, hay invenciones y falsedades que, si bien pueden admitirse y tolerarse en las clases ignorantes, cuando ellas proceden de caballeros son más que todo malevolentes porque revisan la clarísima intención de ofender sin consideración á la verdad.

Precisamente los bascongados se distinguen por su espíritu poco camorro, por el respeto que unos á otros se dispensan y por la tolerancia mutua que es generalmente uno de los distintivos de su carácter.

Las armas á que se refiere el Sr. Puelma, usadas por los bascongados, siendo el palo *maquilla*, la única arma ofensiva y defensiva que usan desde tiempo inmemorial, sin que las modificaciones de la civilización moderna lo hayan hecho variar ni desaparecer.

La abolición de la pena de muerte que tantas perturbaciones produjo últimamente en Suiza hasta su restablecimiento, por necesidad de suprimir la creciente y visible criminalidad, no ha sido necesaria tratándose de las provincias bascongadas, por la sencilla razón de que allí se pasan muchos años, sin que se alce un patibulo que sirva de correctivo á las demasías de los criminales.

Pero aún suponiendo que los bascongados *despostadores* tuviesen naturales tendencias hacia el crimen, y fuesen las bascongadas una verdadera cueva de tigres, el Sr. Puelma no debía de haber buscado á esas gentes allí sino que debió seguirlos al Rio de la Plata donde, según lo expuesto por el

mismo señor, siguen ejecutando su instintivo oficio de carneadores.

Debió haberlos seguido aquí, porque podría suceder que con el cambio de clima y de alimentos, se hubieran modificado esas naturales tendencias á que con tanto aplomo se refirió el diputado por Coquimbo.

Aquí podría fácilmente haber averiguado todo cuanto hubiera necesitado saber con referencia al número de colonos bascos, con sus ocupaciones generales y finalmente, lo que en materia de criminalidad ó de sencillas faltas les corresponde con relación á los otros colonos extranjeros.

En cuanto á ocupaciones hubiera sabido con toda facilidad que son los bascongados hoy, los verdaderos dueños de la ganadería ovina del país, como herederos en su mayor parte de antiguos pobladores sajones, que se arruinaron en la explotación de ese importante negocio, precisamente porque les faltó el tino práctico, la prevision y el ahorro que son característicos del bascongado. Esto es innegable, y la población rural toda ella lo conoce á vista de ojos como conoce que al capital del ahorro basco, se debe la triplicación del valor de la propiedad pecuaria y rústica.

Hubiera sabido también que el bascongado no tiene en el Rio de la Plata la paciencia de hacerse agricultor, porque sus aptitudes y las necesidades crecientes de un país que rápidamente se enriquece por numerosas industrias dependientes de la ganadería y agricultura, le llevan á otras ocupaciones de carácter verdaderamente activo, en el que la iniciativa individual tiene que resolver variados problemas de trabajo no previstos.

En materia de criminalidad, la policía de la capital que registra las nacionalidades de los que por cualquier causa son detenidos en la casa central, le hubiera manifestado por sus libros, el verdadero blanco de la casilla bascongada, que asombra á las mismas autoridades, dadas las condiciones generales de los inmigrantes de otras nacionalidades y la alta criminalidad que arrojan según su número, no figurando los bascos más que en la proporción de uno ó dos por ciento.

Por todo lo demás, el Sr. Puelma puede descansar, porque no ha de tener mucho trabajo en contraestimar la inmigración bascongada que se dirija á Chile, teniendo como tiene el Rio de la Plata espacio suficiente para recibir

anciano vivirá enteramente solo, y no tendrá más ocupación que llorar.

—Oh, no digais eso!—exclama Luisa.—No mueren todos los que pelean, y Dios os devolverá vuestros hijos.

—No, Luisa, no! Dios no protege á los que combaten contra él! No sabes que van á pelear con un sacerdote, con un obispo?

—No con el obispo—replica con firmeza Blanca,—sin dar á su hermana tiempo para contestar,—no con el obispo, sino con el extranjero que viene en aón de guerra á robarnos nuestra independencia y reducirnos á la esclavitud. Vuestros hijos son viciales y no pueden menos de combatir por Vizcaya; vos hicierais lo mismo si fuerais joven.

—Tal vez tienes razón, hija mía, y sin embargo, no apruebo esta guerra, porque no se han hecho á mi entender todos los esfuerzos posibles para evitarla. ¡Cuánta sangre generosa se va á derramar, que fácilmente se hubiera ahorrado! ¡Cuántos jóvenes llenos de vida y de esperanza bajarán al sepulcro! No sé por qué no puedo pensar en mis hijos sin estremecerme. ¿Por qué he deseado la voz interior que me decía que no los dejara partir? No puedo desechar los horribles temores, los negros presentimientos que me atormentan. Mucho temo que este día sea día de luto para nosotros.

—Oh, no habléis así, señor, por piedad!—exclama Blanca.—¿No veis qué daño hacen vuestras palabras á la pobre Luisa?

—Sí, hija mía; he sido muy cruel, y además de-

á nuestros lares en són de guerra, ¿quién su fereza podrá igualar?

Alrado empuña pesada barra y el enemigo corre á buscar: miembros destroza, cráneos magulla, al santo grito de libertad!

¡Yed cuán resuelto marcha al combate! ¿Quién hoy su esfuerzo resistirá, hoy que el guerrero más venerable á la batalla le va á gular?

Viejo es el noble Sancho de Arandía: pero su cuerpo derecho está, cual fuerte roble que inhilado aguanta la furia loca del vendaval.

Si de su barba los hilos de oro hilos de plata se han vuelto ya: si cual do Amboto la altiva cumbre ya su cabeza nevada está;

hincha sus venas sangre de fuego que nunca el tiempo pudo enfriar, y hoy, como siempre, su fuerte brazo del enemigo terror sera.

¡Viva mil años nuestro caudillo! Nadie hasta ahora supo igualar ni sus bondades, ni sus virtudes, ni su osadía y ardor marcial.

Sancho de Arandía, buen caballero, bonray orgullo de este solar,

quiera avergonzarme de mostrar tanta debilidad, cuando tú me das tan noble ejemplo de fortaleza: cuando tú, que eres casi una niña, estás tan serena y animosa, Dios es bueno y misericordioso, y no querrá privar á dos pobres doncellas de sus novios, y á un pobre anciano del baculo de su vejez. Pero... dame el brazo, Blanca... y tú, Luisa... ¡Ah!... Y ahora vamos á la Iglesia, á orar por Alonso é Inigo, mientras ellos corren al encuentro de los ralgurritanos. ¡Quiera Dios que el choque no sea muy cruento, y que tras él venga una completa y duradera paz!

Y el anciano, apoyado en las dos hermosas doncellas, se dirige á la Iglesia parroquial, de la advocación de Santa Marina (1), que se encuentra á la salida de la plaza, en *Arte-calle* (2).

VII.

El señor de Amánlarro acaba de entrar en el templo, y ha ido á arrodillarse sobre la tumba de su familia, entre Blanca y Luisa de Andicena.

Largo tiempo permanecen los tres de rodillas orando fervorosamente; pero al fin les vence la fatiga y se sientan, las jóvenes sobre el pavimento y el anciano en su gran sillal de roble.

Sobre el sillal había un voluminoso libro que el

(1) No el templo actual, que data del siglo XVI, sino el antiguo, que existió en el mismo sitio, y del que tenemos muy pocas noticias.

(2) Calle del Medio.

en las mejores circunstancias todo el aumento de población que hay en las bascongadas, viniendo aquí en condiciones espontáneas y para ocupaciones y entretenimientos que pronto lo hacen dueño de un capital bastante para llegar á la categoría de la propiedad y no digamos de esa pequeña propiedad que, denominada en Chile con el nombre de *fundo*, parece que significa una gran cosa, sino á la gran propiedad ó zonas de más de quinientas hectáreas, en la cual introduce todos los adelantos y perfeccionamientos que su iniciativa y sus aborres le indican y permiten.

En esas estancias y en casas sumamente cómodas tienen sus familias que gradualmente crecen y se multiplican con caracteres sumamente nacionales, circunstancia que no señala ninguna otra nacionalidad que por una ó dos generaciones guarda su tipo originario.

Las precedentes consideraciones aunque someras han de bastar para acreditar el tino y precisión que tuvo el señor Ministro Aldunate para observar al Sr. Puelma, y para acreditar también las barbaridades y mentiras históricas, políticas, geográficas y económicas con que el Sr. Puelma hirió al parlamento chileno digno de lástima en aquellos solemnes momentos.

D. Ordoñana.

La emigración Basco-Navarra
POR EL SEÑOR COLÁ Y GOITI

No es escribiendo folletos que puede detenerse la emigración; sino mejorando las condiciones del trabajador, quitándole cargas é instruyéndole en las ciencias.

Parece que el acto de la expatriación sea uno de los que mejor expresaran la determinación de una voluntad libre; y sin embargo por poco que sobre él se reflexione, al momento se comprende, que está ligado á causas poderosas que lo determinan, que son su efecto, natural y lógico.

Suponer que el hombre pueda separarse de seres queridos, abandonar la patria, por la sed de riquezas problemáticas, ó el aliciente de lo desconocido, es un error grande.

En el fenómeno de emigración, existen siempre fuerzas repulsivas y fuerzas atractivas que lo originan. Por un lado, aridez del suelo, natural, ó por agotamiento, insalubridad del clima, impuestos excesivos, salarios ínfimos, servicio militar, feracidad del suelo, benignidad del clima, productos naturales en abundancia, riqueza, libertad de conciencia, por el otro. Fuerzas y hechos antipáticos de aquel lado, hechos y fuerzas simpáticas de éste.

Cuando la emigración es debida al exceso de población, á la aridez natural del suelo, á la insalubridad del clima tiene que ser benéfica. Los que se van, dejan lugar á los que llegan, de manera que hallan un puesto en el banquete de la vida.

Cuando el contrario, es la escasez de salario, la falta de libertades políticas ó religiosas, el servicio militar arbitrariamente repartido, en este caso, tiene que ser un mal, y lo es en efecto.

La patria pierde entonces sus hijos

más fuertes y vigorosos: los que aspiran á formar una familia ilustrada y feliz, emigran, cuando extendiendo la vista en el escenario de su patria, no hallan la posibilidad de conseguirlo, ni aun á trueque de los más grandes esfuerzos y sacrificios. La historia de sus padres, agobiados por el trabajo está ante sus miradas que se lo dicen con elocuencia.

En las Provincias Basco-Navarras como en otras muchas de Europa, la emigración se produce desgraciadamente en grande escala; desgraciadamente decimos, porque es proporcional á las causas que la originan.

Algunos gobiernos, han querido detenerla con leyes y decretos. Es superfluo agregar que con esos medios ilegítimos, no han conseguido nada, la gente imponible se les escapa á pesar de todo.

Así como no es un medio, ni legal, ni legítimo impedir la emigración con leyes ni decretos, no lo es tampoco, pretender detenerla desprestigiando los países hacia donde se dirige, escribiendo folletos, con datos inexactos y con exageraciones y hasta con calumnias; y esto es precisamente lo que ha hecho el Sr. Colá en su folleto de 168 páginas «La emigración Basco-Navarra.»

Segun tenemos entendido el Sr. Colá y Goiti, ha residido aquí algunos años ejerciendo la profesión de maestro de escuela. Aunque lo primero parece inverosímil, por la ignorancia que sobre las cosas de este país revela, lo segundo debe ser cierto. Es sabido que á la corta ó á la larga, á fuerza de lidiar con niños, los maestros acaban por adquirir hábitos infantiles, y el Sr. Goiti en su folleto ha hecho obra de muchacho, tan obra de muchacho que no merece nos ocupemos de él detalladamente.

Dejando, seguir á la pluma su ligero correr, diremos contestando á lo que sobre la corrupción de las jóvenes bascas dice: que la aldeana, que abandona por necesidad su familia, poco habituada á las malicias que circulan en las ciudades, lo mismo puede triunfar de ellas, aquí, como sucumbir allá.

En cuanto á la ganadería en decadencia, la agricultura en ruina, la inseguridad de la vida, la falta de higiene y cosas por el estilo, corren parejas por la exactitud con este dato. Hablando de la instrucción, materia que el señor Cola y Goiti debía conocer, dice que los maestros y maestras que algo valen, todos son españoles y en prueba cita á la señora de Claramunt. La señora de Claramunt nunca ha sido ni es maestra de escuela. A la señora doña María S. de Munar: la señora Stagnero de Munar es hija del país.—A la señorita Zuvillaga: la señorita de Zuvillaga es también hija del país, etc. etc.

En prueba de la relajación política, la inseguridad de la vida, trae á colación á Volpi y Patroui, un fenómeno atávico de la raza, por cuyas venas corre aún sangre de Torquemada.

Pero lo peor de todo esto no es que el señor Colá y Goiti haya escrito esto

folleto, escribirá probablemente otros, lo más grave á nuestro juicio es que la Excelentísima Diputación de Alava lo haya cobijado bajo su autoridad, sin cerciorarse del grado de exactitud de los datos del Sr. Goiti, y que el señor Abreu, escriba prólogos encomiásticos.

El Señor Abreu y Cerain, doctor en derecho, ex-diputado á Cortes en varias legislaturas, haría indudablemente obra más meritoria, sensata y patriótica como la Excelentísima Diputación de Alava, también, estudiando las causas que determinan la emigración que de las provincias Basco-Navarras se dirige al Río de la Plata y buscase á corregirlas, tratando de mejorar las condiciones de aquel pueblo, sufrido, sóbrio, trabajador y vigoroso que no emigra, que no abandona el hogar y la familia á quienes quiere entrañablemente, sino tuviera motivos poderosos para ello.

Y el señor Colá y Goiti, que abra escuela y enseñe ciencia á sus compatriotas, que lo son nuestros también. Así aprenderán á fertilizar el suelo, se crearán una familia feliz, y ensancharán los horizontes de la patria que no abandonarían entonces por ninguna otra.

Sr. Director del *Laurak-Bat*.
Montevideo.

Muy Sr. mio y querido amigo:—Cumpro con verdadera complacencia el agradable encargo, de darte de cuando en cuando señales de vida, desde este apartado rincón de mis encantos é ilusiones; dando á Vd. en ello y á los lectores de nuestra revista, un testimonio de aprecio y alta estima.

Felicitando, pues, á ellos y á Vd. por la feliz entrada del ochenta y tres, voy al grano.

Hace pocos días, tuve que salir á campaña á trabajos profesionales, y con tal motivo paré un momento en la estancia de D. Antolin Urioste, antiguo ganadero de este Departamento.

Mis relaciones con el Sr. Orioste eran muy cortas, pues apenas tenía el gusto de conocerlo personalmente, pero dada la amistad de mi socio Sr. agrimensor Mendoza por quien fui presentado, tuve verdadera satisfacción en haber parado un rato en tan agradable punto.

Vd. y la mayor parte de los lectores conocen á los señores Urioste siquiera de nombre, y creo que como bascongados se alegrarán que ese apellido que á euskaro trasciende á cincuenta leguas, haya llegado á ser en este Departamento como el prototipo del trabajo, de la honradez y de la patriarcal hospitalidad.

Al ser objeto de las finas atenciones del Sr. Urioste, me pareció estar morando en la casa de algun ilustre patriarca bíblico y al ver el orden y compostura de aquella estancia y su preciosa quinta recordé con agrado estar en la morada de un hombre progresista, que sigue con febril actividad los adelantos del siglo, tanto en el ramo de ganadería como en el de horticultura

rodeado de la espléndida sencillez de Abraham, de Jacob y Boob.

Al recordar con gratitud de hijo la memoria de su finado padre, supe haber nacido aquel, en la esplendente veje que riega el modesto Nervion, en la falda del Sarantes y Mirivilla.

Y si el Sr. Urioste recordaba con orgullo el noble origen del vizcaíno autor de sus días, calcule Vd. con que fruición oiría de labios de hombre como el Sr. Urioste, los menores detalles de la vida interna de su señor padre y la de sus hermanos, hijos ó ramas de aquel mismo tronco, que se van multiplicando como los hijos de Abraham, como las estrellas del firmamento.

Loor, pues, al vizcaíno que supo constituir una familia modelo, palanca del progreso de este país, especialmente de este Departamento.

Rendido el tributo al que fué voy á ocuparme de los que quedan.

En la cresta misma de la cuchilla de San Gabriel se divisa desde larga distancia, rodeada de frondoso arbolado, una casa de azotea, blanca como el ampo de nieve y que cual si fuera paloma, parece destacarse en el horizonte cerniéndose en los aires, velando cual encubrada atalaya, por la paz y tranquilidad de una grande extensión de territorio, en su mayor parte propiedad de la familia Urioste.

Al entrar en las primeras tranqueras que se hallan á cuatro leguas de esta villa, en la carretera que por la cuchilla grande va hacia el Cerro-Largo, llama la atención del viajero una inmensa cantidad de ganado vacuno, de colosales proporciones.

No se tarda mucho en llegar á la proximidad de una espléndida azotea propiedad de D. Gervasio Urioste.

En una época como esta en que oye uno sin cesar quejarse de falta de pastos para el ganado, es muy satisfactorio ver los inmensos pastizales, que divididos en potreros con inteligencia y buen orden, se observan allí como guardados en conserva, para sacar de ellos un producto pingüe.

Allí se ve también el beneficio que reporta el mejoramiento de la raza, á que estos señores se han dedicado desde tiempo atrás.

Al llegar á una legua desde la tranquera en que á derecha é izquierda se dejan inmensos terrenos de los Urioste, hay una loma donde la vista se expande en un inmenso panorama.

Pregunta el viajero ¿y aquella casa que se ve á la izquierda en el último? es la de D. Efraim Urioste. ¿Y aquella otra á la derecha, que se ve como engastada en el anillo que forma la intersección de cielo y tierra? Es la de D. Toribio Urioste.

Y pudiéramos seguir por el estilo si no temiéramos molestar á los lectores del *Laurak-Bat*.

Déjome arrastrar en mi vehículo, rodeado de una inmensa nube, á guisa de profeta Elias, pero nube de tierra, Sr. Director (á diferencia de aquella en la que sentado gira por lo visto el inmortal afortunado de que acabo de hacer mención), y entre el chasquido del látigo

anciano ha tomado al sentarse, y que ahora bojea maquinalmente: es su psalterio, primeramente escrito en caracteres góticos de diversos colores.

Al cabo de algunos instantes el anciano cierra el libro y queda sumido en profunda meditación. Ya para él no existen los objetos que le rodean: ya no ve lo que pasa á su lado; ya no ve á las hijas de Andicoa, ni á las demás personas que oran en el templo. Luisa y Blanca, ocupadas con sus propios pensamientos, parecen también haber olvidado al anciano.

Esto, á pesar de todos sus esfuerzos, no ha logrado dominar los temores y los presentimientos que la partida de sus hijos le hiciera nacer en su corazón. Teme que los vizcaínos sufran una sangrienta derrota, en la que perezan los principales caballeros, incluso sus dos hijos, pues no cree que Dios pueda estar al lado de los que pelean contra el obispo. Verdad es que éste viene en son de guerra, seguido de un ejército numeroso, y que los vizcaínos tienen que defender el territorio: pero antes de dejar que las cosas llegaran á este extremo debieron apurar todos los medios de conciliación. Además, la ley misma que prohíbe al obispo la entrada en Vizcaya, ¿no es una ley inicua?

—Pero la ley es la ley.—se contesta á sí mismo el viejo, ansioso de encontrar algo que justifique la conducta de sus hijos,—y mientras no se derogue, todos, grandes y pequeños, deben atacarla.

—¿Qué no diera el anciano por saber si Dios aprueba la conducta de los vizcaínos? ¿qué no die-

con los herreros marcha al combate al grito santo de ¡libertad!

Hoy la victoria sobre su frente verde diadema colocada, y en honor suyo los *coñakaris* (1) himnos sublimes entonanán.

¡Jovial herrero! ¡La barra empuja!
¿Quién hoy tu esfuerzo resistirá?
¡Vizcaya viva! ¡Viva el du Arandía!
¡Sus! ¡a la guerra! ¡sus! ¡a lidiar!

VI.

Ya se han ido los guerreros, dejando en la villa sólo algunos pocos soldados para vigilar el desahogado alcalde; ya los moradores de Ochandiano han vuelto á sus casas ó han entrado en los templos (2) á orar por los que van á combatir por la patria, ó han seguido al ejército, deseados de presenciar la batalla que se va á dar, talvez muy pronto, en las inmediaciones; en una palabra, la villa ha recobrado su aspecto ordinario, y, sin embargo, el anciano señor de Amándarro continúa todavía de pié en el umbral de su suntuosa casa de la plaza.

El pobre viejo tiene un enorme peso sobre el corazón; una negra tristeza le oprime. Piensa en sus

(1) Improvisadores.
(2) En ómnibus, como ahora, había en Ochandiano una iglesia parroquial y varias oratorias.

hijos, y se arrepiente de haberlos dejado partir. ¿Volverá á verlos jamás?

De pronto, dos mujeres, dos jóvenes hermosísimas, aparecen ante el anciano. Son Luisa y Blanca, las hijas de la viuda de Andicoa, las prometidas esposas de Alonso é Inigo de Amándarro.

Ambas son altas y esbeltas, de formas verdaderamente esculturales, y ambas tienen el rostro oval, la frente ancha, las cejas arqueadas, largas las pestañas, la nariz aguilena, delgados y rojos los labios, frescas y coloradas las mejillas, y admirablemente enlucada la barba; pero Luisa tiene ojos y cabellos castaños, al paso que son negros los cabellos de Blanca, y negros también sus brillantes y rasgados ojos.

Hasta ahora las dos jóvenes han permanecido en casa; pues aunque habían querido salir á ver á sus novios, su madre no se lo permitió, por ahorrarse el dolor de la despedida. Pero la buena anciana ha permitido que vengan á hacer compañía al pobre viejo, á quien suponen desconsolado por la partida de sus hijos.

—¿Qué hacéis aquí, señores?—exclama Blanca al notar la perfecta inmovilidad del anciano y la dolorosa expresión de su semblante.—¿Porqué no subís á vuestra casa?

—¿Mi casa?—contesta el anciano como uno que despierta de un penoso sueño.—¿Creéis acaso que algún momento espera en ella? Pues os engañáis. Mis hijos se han ido, y no volverán; de hoy más, el

go, el ruido de las campanillas, y el balido de las ovejas que á millares hu- yen de nuestra proximidad, llegamos despues de una hora de galopar á la es- tancia de D. Antolin.

Al apearnos de nuestro carruaje, ob- servo que á la puerta, á falta de cancer- bero hay un corpulento caballo blanco, lujosamente enjaezado y digo á mi compañero Mendoza, creo amigo lle- gamos á hora de ser importunos, pues parece que el dueño está de viaje.

Empero oigo á mi costado una voz que me saca de dudas y me dice: no, amigo, el estanciero siempre tiene el ca- ballo pronto para todo evento; y que ha- bia sido yo malurrango! respondi: una sonora carcajada de mi interlocutor, que alargaba la mano me tranquilizó.

Era un hombre alto, grueso y rosado, de unos sesenta y cuatro años.

Me pareció estar viendo uno de aque- llos venerables *guizones* de nuestra tierra.

No tengo que decir, lector, que era D. Antolin Urioste.

Despues de los saludos de ordenan- za, nos sentamos y no tardó en llegar el proverbial mate, algo más pronto y mejor servido que el tan mentado mate de las Morales.

Luego salimos á recorrer la quinta Durazneros, manzanos, caobas, pe- ros, sauces, naranjos, limoneros, eu- caliptus, acacias, y otra multitud de clases difícil de retener en la memoria formaban un extenso bosque, y constitu- ian el toldo que nos abrigaba de los ardores de un sol canicular.

Un inmenso jardin con todo género de flores, y un departamento para ba- ño, ocupaban el centro de aquel oasis en medio del páramo del Sn. Gabriel.

Al observar al dueño el innumerable número de plantas jóvenes que tenia, me respondi, es que pienso extender anualmente este bosque pues lo creo muy útil.

Efectivamente, si nuestros estancie- ros comprendieran los verdaderos in- tereses para el porvenir, este país que tanto se presta para el arbolado, no tardaria en estar lleno, siquiera en los bajos, de inmensa cantidad de árboles que nos privasen de ser tributarios de Norte-América por valor de muchos millones anuales.

De allí pasamos á ver los Bretes para la marcacion de animales; y me agrada- do sobremanera ver la facilidad con que hacen esta operacion, sin necesi- dad de recurrir al antiguo bárbaro sis- tema de bolear, tumbar y atar la res para marcarla.

Luego visitamos á los señores Lin- coln, hermosos carneros padres, que mantenidos á pesebre son cuidados co- mo unos señoritos.

La altura de sus cabezas, lo rollizo y desarrollado de sus cuerpos, nos hizo comprender la bondad de la clase de esos animales.

El Sr. Urioste nos hizo minuciosas explicaciones, sobre las ventajas de esa raza sobre la Ramboulet, ya tratándo- se de este Departamento y que no en- tro á especificar, de miedo á que mi corta memoria, no me haga decir un disparate, pues no entiendo jota de ta- les asuntos.

Vimos las caballerizas, y demas de- pendencias de eso que pudiéramos lla- mar un castillo de la edad moderna, y nos sentamos á la mesa en la que nos esperaba un sabroso almuerzo.

Terminado éste, y despedidos aten- ciosamente por el castellano, seguimos nuestro viaje.

Miraba y remiraba hacia atrás como la mujer de Lot, sin temor á convertirme en estatua de sal, y contemplaba entusiasmado la alba nitidez de las pa- redes de aquella fortaleza moderna, haciendo comentarios y comparacio- nes con la imaginacion, mientras pare- cia que los ojos se fijaban en las colum- nas de humo, que lanzábamos á guisa de chimeneas por nuestras bocas, en las que llevábamos ricos habanos, que sobre el café nos regaló nuestro es- pléndido huésped y dije á mi compañe- ro:

Pardiez que los moros, no habian visto la estancia de Urioste cuando dieron el nombre de Albayda al famo-

so castillo blanco del reino de Valen- cia.

Saluda al Sr. Presidente y en el á todos sus consocios afectuosamente.

L. Serapio de Sierra.

Florida, Febrero 8 de 1881.

Una aventura de caza

ENTRE LA NIEVE

A la espalda, los valles del país de Sule, baja Navarra francesa y las llama- das Escaldas de Mendibelz: do frente el piton del Hory, que perfora las nubes con su agudísima aguja granítica, y desde cuya base se dominan los val- les Aezcoanos, Roncaleses y Salacencos con sus prados de verde esmeral- da; y sus sombrías masas de jarales y arboledas; más allá, confundiendo en las brumas, montañas ménos elevadas, valles ménos angostos.

A los pies del Hory, bosques casi impenetrables, que van clareando con- forme avanzan por sus laderas monte arriba; luego la vegetacion va siendo más raquítica: viene el duro abeto de tronco retorcido con raíces descubier- tas semejantes á gigantescas culebras hundiendo sus cabezas en ligeras ca- pas de tierra: despues, algunos grupos de oscuros brezos: luego musgos ver- dosos, líquenes fuertemente adheridos á peñascos que asoman sus durísimos picos á través de aquella pobre vegeta- cion rampante: finalmente, la nieve, unas veces agrupada en depresiones orientadas al Norte, otras eternamente congeladas, nieve de singular blancura y virginal pureza cubriendo grandes superficies, manantial perenne de don- de nacen torrentes ruidosos que por precipicios ignorados ruedan sus aguas tumultuosas hasta convertirse en rios en las lejanas llanuras de las riberas de las Navarra española y francesa.

Y dominándolo todo, el gigantesco piton del Hory, en cuyas ásperas y agrietadas paredes, brillan, como es- pléndidos arabescos de diamantes y rubies, inmensos regueros de hielo cuan- do les hieren los rayos solares, y aún los de la luna en noches serenas.

Este paisaje de gran variedad de tinas, y rientes perspectivas en pleno verano, adquiere en el invierno un aspecto siniestro, salvaje, caótico, á nada parecido.

El día es triste sobre toda pondera- cion, la noche no puede describirse.

No es lóbrega, porque la blancura de la nieve tiene reflejos que irradian una luz que no es luz, sino una especie de claridad casi fosforescente, más pá- lida y tenue que la que produce la quilla de un barco surcando el mar en una oscura noche de verano.

Hay sitios en que no hay luz, y allí se tocan las tinieblas y se oye el silencio, como dicen en su pintoresco y poético lenguaje los pastores, los robustos é intrépidos cazadores que osan posar sus pies calzados de abarcas en aquellos parajes sembrados de precipicios, en cuyos lóbregos fondos ruedan peñas- cos desprendidos de las montañas y arrastrados por impetuosos torrentes.

Eran las cuatro de la tarde del 2 de Enero de 18.

Todo el día estuvo cubierto de espe- sa niebla que se precipitaba á veces en silenciosos aludes hasta lo más hondo de las quebradas, elevándose otras en gigantescas y rápidas espirales hasta las mayores alturas.

En la base del piton del Hory, en grandes ventisqueros completamente helados, se notaban grietas profundas y de anchuras diferentes.

De trecho en trecho, allí donde la nieve no estaba tan helada en la super- ficie, se veían algunas huellas huma- nas que rodeando la base del piton se dirigian hacia uno de los precipicio- más temibles, y á una especie de corni- sa formada por la naturaleza, único camino por donde podia atravesarse el precipicio.

De pronto, y en el seno, de la densa niebla, se oyeron estas palabras:

—¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé. Ese ruido extraño me pone en cuidado.

—No te falta razon. Por eso te pre- guntaba qué es lo que íbamos á hacer.

—¿Podremos volver por el camino por donde hemos llegado hasta aquí?

—Eso es lo que yo dudo; ese ruido que tan extraño te parece, es produci- do por un alud de nieve que ha caido de lo alto del pico, ó por haberse abierto violentamente la capa de hielo del ven- tisquero por donde hemos pasado hace media hora. En ambos casos, creo im- posible ó muy peligroso volver á des- andar lo andado.

—Es el caso que la tarde está muy adelantada, y lo que os aún peor, el viento empieza á sonar con alguna fuer- za, y por lo templado y húmedo parece anunciar tormenta próxima, y sabes que.....

—Si, y así que con la lluvia se re- blandecen los hielos, se derriten las

nieves y se producen profundas y an- chas hendiduras en las capas heladas. aludes terribles ó torrentes impetuosos que todo lo arrastran y destruyen.

—Pues si tan peligroso es volvernos atrás, sigamos adelante si te parece.

Este dialogo lo sostenian dos jóve- nes cazadores á quienes llamaremos Francisco y Pepe, siendo este último el que hizo la proposicion de seguir adelante su camino.

Francisco se le quedó mirando abor- tado como si la proposicion hubiera sido el más fonamental de los absurdos.

—Seguir adelante.....¿Estás loco, Pepe? ¿Sabes dónde estamos?

—No.

—Estamos á dos pasos del precipi- cio de Artz Zulo y cerca de la cornisa por donde hay que atravesarlo. Si pu- diéramos convertirnos en gamuzas, tal vez pasaríamos como ellas por la cornisa; pero nuestras abarcas reshala- rian, ó el vértigo, apoderándose de no- sotros, nos haria rodar hasta los pro- fundos infiernos.

—¡Jesús! exclamó Pepe.

—Lo que oyes, replicó Francisco; creo que en el fondo de ese precipicio está la primera boca del infierno: se oyen unos ruidos tan espantosos, sob- ro todo de noche....

—¿Los has oido tú?

—No; pero Cascachuri, el guía, me ha dicho que preferiria encontrarse cara á cara con diez osos, á pasar una noche donde estamos.

—Y, sin embargo, si no podemos se- guir adelante y es tan peligroso vol- ver atrás, aquí tendremos que pernoctar.

Francisco no contestó; reflexionó durante algun tiempo y santiguándose devotamente dijo:

—Adelante y que Dios nos asista; damo la mano y procura pisar exacta- mente donde yo pongo el pié.

Colgó del hombro la escopeta, apo- yó con fuerza el palo con punta de acer- ro en la nieve endurecida aún, y empe- zó á caminar lentamente seguido de su compañero dando vuelta á un enorme peñasco que parecia obstruir el paso, y cuya agudísima cima perforaba una blanca nubecilla posada en la cúspide hacia algunos minutos.

Apénas dieron vuelta con grandes precauciones á un saliente del peñas- co, Francisco y Pepe se detuvieron aterrados: á sus piés se abria el precipi- cio á cuyo fondo no llegaba ya la luz del día.

La cornisa tenia unos dos piés de an- churas: el piso se inclinaba hacia el precipi- cio, y algunas manchas de nieve cubrian á intervalos la zona que media más de doscientos metros de extension.

Atravesar el precipicio por la corni- sa era exponerse á una muerte horro- rosa y casi segura.

Fue preciso renunciar á aquel medio de salvacion que tan grandísimo peli- gro presentaba con sus casi insupe- rables obstáculos.

—Seguir ese camino equivaldria á un suicidio, Pepe; y el suicidio es un crimen que Dios no puede perdonar, dijo Francisco con acento solemne. Busquemos un abrigo cualquiera para pasar la noche, y que Dios y la Virgen Santísima nos protejan.

—Amen, contestó Pepe quitándose la boina y santiguándose devotamente.

En el interin la noche se venia encima y el viento empezó á calmarse; pero las nubes que al principio eran blancas y diáfanas, fueron conden- sándose y adquiriendo un color plomizo y siniestro.

El viento cesó del todo.

Era preciso aprovechar aquel momen- to de calma para bajar por la pendiente vertical, casi sobre el labio del precipi- cio, hacia un grupo de abotos ena- nos que se distinguian en una concavi- dad á algunos metros de distancia.

La bajada fué peligrosísima; pero despues de vencer dificultades sin cuen- to, los dos ágiles montañeses llegaron al bosquecillo desde donde se descubria todo lo largo del precipicio y la corni- sa abierta en los flancos del inmenso peñasco.

Entre los abetos, la nieve habia des- aparecido; y amontonando gruesas pie- dras y desgajando ramas, pronto for- maron una choza que pudiera abrigar- los, en parte, de la intemperie, y el ra- ñaje caido y el musgo seco les sirvió para encender hoguera que templasen el frio de la noche, que habia cerrado del todo y ahuyentara las fieras.

El silencio era solemne.

De vez en cuando lo interrumpia la caída al precipicio de algun gran ca- ñihano de hielo desprendido de los bordes de la cornisa.

Los dos cazadores, envueltos en sus capusais y sentados junto á la hoguera que despedia más humo que llamas, cenaron asaz frugalmente, reconocie- ron y renovaron los cebos de las esco- petas, movieron en las vainas sus cu- chillos de monte y rezaron las oracio- nes de la noche.

—¿Dios querrá que no nos suceda na-

da hasta que amanezca: ¿sientes frio, Pepe?

—Por delante estoy casi chamusca- do; pero por la espalda me hielo.

—Pues nos iremos volviendo como San Lorenzo en las parrillas, dijo Francisco. ¡Ah! y te advierto que uno de los dos ha de estar toda la noche de espaldas al fuego: media hora, cada uno por su turno.

—¿Para qué?

—¿Diablo! para no ser sorprendido por algun oso.

—O por el mismo diablo, interrumpió Pepe, á pesar de que ese señor, acostumbrado al calor del infierno, no tendria ganas de rondar por medio de nieves y ventisqueros.

—Podria resfriarse ó coger una pul- monia, repuso Francisco jovialmente.

—Calle, pues es verdad, dijo Pepe sonriéndose, lo que conviene es no dor- mirse para que no se nos apague el fuego y amanezcamos helados como los jamones que nuestra tia Manuela conserva entre la nieve.

—Ahora estaré rezando el rosario junto al hogar mientras se cuece la leche y se asan las castañas, muy ajena de pensar en la situacion en que nos encontramos.

—Nuestra es la culpa, Francisco.

—Dí más bien que es tuya exclusiva- mente, pues á no ser por tu empeño en subir hasta el ventisquero, estaríamos á estas horas muy tranquilos.

Un grito penetrante, un grito extra- ño que nunca habia herido los oídos de los interlocutores hasta entonces, heló de espanto á los dos jóvenes ca- zadores, que quedaron mudos de terror.

Miráronse uno á otro, y maquina- lmente prepararon sus escopetas, per- maneciendo inmóviles.

El grito extraño parecia descender de las nubes, y en el profundo silencio de la noche produjo un efecto aterrador.

Pasóse algun tiempo: el grito no se repitió.

Pepe se arrastró hasta tocar con sus labios al oído de Francisco.

—¿Has oído?

—Sí; y que Dios nos asista: no es ahullido de lobo, no es gruñido de oso; no es voz humana.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé: tal vez lo que dice Cas- cachuri: grito del diablo.

—Y ese grito parece que se ha lanza- do desde la cornisa.

—Es verdad; pero yo la veo en toda su extension y noto que está desierta... El diablo es invisible cuando quiere.

Los dos jóvenes temblaban de ter- ror, pero aunque acostumbrados á la vida de cazadores de aquellas montañas, temian habérselas, no con fieras, cuyos ahullidos conocian, sino con sé- res sobrenaturales.

El grito extraño se repitió con más fuerza que antes, y el que lo lanzaba estaba ya más próximo al sitio donde Francisco y Pepe, bañados los rostros de un sudor helado, no hacian el menor movimiento.

El fuego en tanto se iba apagando: una ráfaga de aire desgarró la niebla, y por uno de los claros vieron pasar rápida y silenciosamente varios seres sin forma conocida que por efecto de la refraccion adquirian formidables proporciones.

Todo volvió á quedar en silencio.

Pero esto duró poco tiempo.

Del fondo del precipicio subian pode- rosos alientos que denotaban exceso de fatiga en quien los producía: cuando cesaba el alentar se notaba una especie de chirrido como el que produce un objeto duro y agudo al apoyarse en las rocas.

El grito aterrador se repitió por ter- cera vez; pero ya no eran tan potente como los anteriores, y se mezclaban con aquel, dolorosos quejidos, y roncos sonidos como los estertores de la agonia.

La niebla se disipó de pronto ante el soplo poderoso de una nueva ráfaga huracanada y entonces pudieron ver los dos jóvenes un espectáculo espanta- ble.

Atravesaba la cornisa un animal enorme, arrastrando tras sí su presa, y dirigiéndose á la parte que ocupaban los dos extraviados cazadores.

Apénas pasó la cornisa, el feroz animal se paró y lanzó un gruñido: su presa un quejido lastimero; y por los bor- des del precipicio asomaron tres mons- truosas cabezas; eran tres osos que acudian al llamamiento del que habia atravesado la cornisa.

Reunidos los cuatro y colocando en el centro la presa que el primero habia cazado, se pusieron á devorarla.

Grúñidos de placer; cruzar de huesos; rechinchamientos de dientes, salian de aquel grupo que celebraba un es- pléndido festin.

La posicion de Pepe y Francisco no podia ser más peligrosa: el grupo de osos distaba corto trecho del sitio don- de se encontraban, y era de suponer que concluido el banquete, y no satis-

fecho su apetito voraz, olfatearon á los cazadores y los atacasen.

La situación de éstos no podía ser crítica: el fuego se había apagado del todo; la noche caminaba lenta, muy lentamente: el hambre, el frío intenso y el terror más intenso aún, tenían paralizados á los jóvenes cazadores acurrucados uno junto al otro al abrigo de piedras y ranas que el menor soplo de viento podía derribar dejándolos al descubierto y á merced de sus feroces enemigos.

Un golpe de los, una emanación cualquiera, podía despertar la atención de aquellos monstruos.

Uno de ellos recibió, sin duda, algún correctivo de sus compañeros, puesto que lanzando fuerte gruñido, dió un salto y separó del grupo dirigiéndose al sitio donde estaban medio ocultos los cazadores.

Creyeron éstos llegada su última hora.

Afortunadamente el oso traía en la boca un enorme pedazo de carne, y sentándose á dos pasos de la improvisada choza, se puso á devorarlo.

Otro de los osos, el mayor, se levantó de pronto; rehiló las cortas orejas, olfateó ruidosamente alzando su sangriento hocico; acercóse pausadamente al que tan próximo se encontraba de los cazadores, lanzó un gruñido ménos ruidoso que los anteriores, lamio á su compañero, y ambos se dirigieron al sitio que ocupaban los otros dos.

Era la osa que conducía al oseño para que se reuniese con el resto de la familia.

La situación de Pepe y Francisco la comprenderán mis lectores.

Por tres veces estuvieron amenazados de una muerte horrible en el espacio de una hora.

Sin duda los osos, cuyos hocicos estaban cubiertos de sangre no olfatearon más que las emanaciones de la presa que seguían devorando.

Al fin, los primeros albores del día aparecieron en el horizonte, al mismo tiempo que los osos concluían de devorar los restos de su presa, y ahitos sin duda, se tendieron en el mismo sitio que ocupaban para digerir cómodamente lo que habían devorado.

Cuando los creyeron dormidos, Pepe y Francisco se disponían á alejarse de aquel sitio siniestro arrastrándose silenciosamente sobre la nieve, cuando sonó un tiro al que siguieron otros dos casi al mismo tiempo.

Uno de los osos quedó inmóvil, los otros tres lanzaron un gruñido feroz y se acercaron al precipicio por el cual empezaron á bajar asiendo con sus formidables garras á los salientes de las rocas.

Tres montañeses aparecieron cargando á toda prisa sus escopetas.

No fué pequeño su asombro al ver á Pepe y á Francisco salir del montón de ranas, asomarse al borde del precipicio y descargar sus escopetas sobre los tres osos en huida.

Un ruido espantoso de tímpanos de hielo, que rotos por la vibración del aire producido por los disparos caían desde aquellas alturas al precipicio, unidos á un doloroso aullido y á los gritos de júbilo de los cazadores, llenó el espacio.

El intrépido Casachuri y sus tres compañeros, robustos roncaleses, abrazaron á los dos jóvenes á quienes no creían por cierto encontrar en aquellos desiertos de rocas, de nieve y de hielos.

El primero de aquellos conocía la existencia en aquel precipicio de una familia de osos, á la que se propuso sorprender en su guarida acompañado de otros tres cazadores.

Sorprendidos por la noche, acamparon muy cerca del campamento de Pepe y Francisco sin sospechar tan próxima vecindad: oyeron el grito extraño que también les aterró: luego el gruñir de los osos, y acercándose con mil precauciones, presenciaron ocultos el festín de aquellos feroces animales á quienes sorprendieron durante el sueño.

La presa devorada era un caballo: el mismo que lanzaba el grito que excesó del terror arranca al noble animal, y que oído una vez no se olvida jamás.

Es un grito que aterra realmente.

Una hora después descendían á un valle profundo y se hartaban de leche y pan de maíz en una choza de pastores, los cinco cazadores cargados con la piel del oso muerto: era el macho; el jefe de la familia.

En aquella noche terrible le salieron indudablemente las primeras canas á José M. de Goizueta.

GALERIA

BASCONGADOS ILUSTRES

Guipúzcoa

(Continuación al núm. 113)

San Sebastian. — D. Miguel de Oquendo, general de marina, apresó

en Pasajes una division naval de 4 buques, todos de particulares de San Sebastian y mandados por guipuzcoanos y vizcaínos, concurriendo con ella al combate naval de 25 de Julio de 1582 cerca de las islas de San Miguel (Terceiras), desbaratando la escuadra francesa, y poniendo en fuga al Prior de Ocrato, rindiendo al abordaje con su buque la capitana enemiga, cuyos estandartes y banderas quedaron vinculados en su casa.

En la formidable armada y escuadra llamada la *Invencible*, dos guipuzcoanos, Oquendo y Recalde, fueron designados por Felipe II como segundos jefes de la flota, á las órdenes del Duque de Medinaceli. No es mucho aventurar la presunción, que si estos dos reputados marineros dirigieran la empresa, no alcanzara el desastroso resultado de todos conocido.

Oquendo concurrió á ella mandando la division de Guipúzcoa, compuesta de 11 navios y otros buques menores, y tripulada por 1269 marineros guipuzcoanos. A duras penas alcanzó el puerto de Pasajes despues de la fatal dispersion de la armada; y anclado ya en su bahía se voló la capitana con 400 hombres, poniendo este desastre el último sello al luto de aquellas costas, y fin á la vida del inteligente vice-almirante.

D. Antonio Oquendo, hijo de don Miguel, ocupa uno de los primeros puestos en la historia de la marina española. Nació en San Sebastian en 1577.

A los 27 años, y desde los 16 venia navegando, obtuvo la difícil y arriesgada empresa de dar caza á un célebre corsario inglés, que con dos buques recorría las costas de Portugal y Andalucía siendo el terror de cuantos por aquellos mares navegaban. El 7 de Agosto de 1604 logró avistarlo, llevando á sus órdenes dos buques menores. Despues de un sangriento abordaje apresó al corsario, y la armada española surta en Lisboa, lo aclamó al entrar triunfante con su barco acerbillado de balazos.

Felipe III le escribió felicitándole por esta hazaña, nombrándole despues capitán general de la escuadra de Vizcaya, y luego de la de toda Cantabria.

Almirante general de la armada del Océano en 1626, continuó distinguiéndose sin que sus méritos le pusieran á cubierto de bajas intrigas, que le trajeron á solicitar su retiro para San Sebastian, llegando hasta pasar arrestado á Puenteleña, aunque por corto tiempo.

Entre los cien combates que es fama sostuvo Oquendo durante su gloriosa carrera, sin perder nunca el barco que montara, debemos señalar dos.

En 1631, el Brasil se hallaba seriamente amenazado por las escuadras holandesas.

Felipe IV despachó allí á Oquendo con 16 navios, pero medianos y mal guarnecidos, y por almirante de esta cuadra á Vallecilla. El 12 de Setiembre trabóse terrible combate con los holandeses mandados por el general Hanspater, y muy luego cayó al agua mal herido el español Vallecilla.

El valor y serenidad de Oquendo sacaron ileso de la terrible contienda el honor y los intereses de España, logrando la victoria y el socorro de las plazas del Brasil. El abordaje de la capitana holandesa, mandado por el mismo Hanspater, con la española al de Oquendo, es uno de los episodios más sangrientos y gloriosos que registran los anales de la marina del mundo entero. Murieron 1,900 hombres de la escuadra enemiga solo en el combate con Oquendo, y entre ellos el almirante Hanspater, que desesperado se arrojó á la mar; de los nuestros 588 muertos y 201 heridos; horrible carnicería si calculamos fueron casi exclusivamente las dos capitanas las que lucharon.

Otro rasgo heroico, obró Oquendo en 1639 contra todas las fuerzas de Holanda reunidas en el canal de la Mancha y costas inglesas. Casi solo con su capitana, se defendió contra todos los buques holandeses, logrando merced á su singular estrella ponerlos en fuga, salvando el buque que montaba y consiguiendo el fin que se propuso. La sola justificación que el famoso almirante holandés Tromp se permitió en el Consejo de guerra que su patria le intentó á consecuencia de este extraordinario suceso, es elogio más grande que alcanzó nadie de su enemigo: «La capitana real de España, dijo aquel grande hombre de mar, con D. Antonio Oquendo, es invencible.»

Murió en la Coruña en 1640. Iniciado el pensamiento de consignar el recuerdo de los dos grandes hechos navales que hemos someramente relatado, abrió su pueblo natal una suscripción para pintar dos lienzos, tomando parte en ella la reina doña Isabel, la emperatriz Eugenia, la provincia y

otros personajes así nacionales como de los diversos estados de América.

ELLOS Y NOSOTROS

(Episodios de la guerra civil de los 7 años)

por

D. Sabino de Goicoechea

LA BATALLA DE ALEGRIA

(Continuación del número 113)

I

EL POZO DE AGUA

—Pero no es ninguna de esas, no; la prueba que, espero en Dios, dé testimonio de la inocencia de ese hombre. Hay otra más clara, más evidente, que, ó la hará palpable á los ojos de todos, ó será el castigo merecido que la Providencia tenia reservado á quien, si debo ser condenado, no debe morir como un criminal cualquiera. Apliqueselo la pena del Talián. Que Juan Blas de Larreátegui beba de la misma agua que todos nosotros hemos bebido, y que la beba en cantidad tal, que á poco veneno que contenga, basta y aún sobre para que experimente sus efectos, y concluya su existencia, no de una vez, y quizás instantáneamente, sino con idénticos y aún mayores dolores que los sufridos por el que más de nuestros soldados.

Apénas acabó de hablar el capitán, dirigióse el anciano á él, y cogiéndole ambas manos entre las suyas callosas, le dijo con acento entrecorrido:

—¡Ah! Aun es usted mas bueno de lo que yo me figuré cuando le vi por primera vez.

El tribunal estaba indeciso, entre aceptar ó no la prueba ofrecida por uno de sus compañeros; pero no habia trascurrido un minuto, cuando se dejó oír un clamoroso unánime, salido de las filas de los soldados, que expresaba:

—¡Que beba! ¡Que beba!

Volvióse el coronel, resuelto á castigar con mano fuerte á quien así desobedecia sus órdenes; pero comprendiendo que era inútil sobreponerse á aquel arranque inquina del soldado, que pedía, no ya el castigo del reo, sino la prueba de su inocencia, petición que por otra parte estaba muy acorde con sus ideas, se contentó con expresar en tono de persuasión más que de mando:

—¡Orden!

Y en medio del silencio del desierto, dejóse oír la voz pausada del presidente del tribunal, que dijo:

—Oído el parecer unánime de los señores capitanes que componen el consejo de guerra, el tribunal condena á Juan Blas de Larreátegui, presunto reo de envenenamiento, á que beba, del pozo mismo en que el regimiento ha bebido, la cantidad de agua que el tribunal considero suficiente para su rehabilitación ó su muerte inevitable.

—¡Oh! ¡Si, sí! exclamó el anciano en medio del rumor de asentimiento producido por los soldados al oír la sentencia dictada contra él. ¡Oh! ¡Si, sí! Yo beberé la cantidad de agua que queráis. Es buena, muy buena: ¡si jamás ha hecho daño á nadie!

Y escoltado por cuatro soldados y seguido del tribunal, marchó sereno y hasta risueño hacia el pozo, en que debería estragarlo de agua.

Antes de que fuera impulsado por la fuerza ó por mandato alguno, se echó de bruceos sobre el pozo, cuyo líquido se hallaba trasparente y límpido, merced al reposo en que estaba hacia ya cerca de una hora.

El anciano púsose á sorber el agua con entusiasmo, fruición, como aquel que toma la panacea que ha de curarle los males que padece.

No satisizo, empero, al tribunal aquel alarde de valor, y ménos aún cuando se oyó decir al gastador, que era uno de los cuatro soldados que se encontraban al rededor del reo.

—No bebo, no: es un engaño manifestado lo que está haciendo.

El infeliz anciano, que obra con la conciencia del mártir, volvióse hácia el soldado, que parecia ser sumala estrella, y le dijo:

—¿No tiene padre?

El soldado se encogió de hombros, sin comprender lo que queria decirle con aquella pregunta tan sencilla.

El presidente del consejo de guerra hizo señal al anciano para que cesara de beber y se levantara, y ordenó al gastador que llenase de agua una marmitta de las del rancho y la trajera al punto en que habia sido juzgado el reo, para que esto la bobiera en presencia de todos los soldados, que se hallaban impacientes por ver de cerca aplicada la sentencia impuesta.

Así se hizo. En breve llegó el gastador con la marmitta llena del líquido hasta el borde, y la entregó al presidente, que se hallaba ya sentado en su sitio, rodeado de los capitanes, y en medio de todos, sentado tranquilamente, el anciano Juan Blas de Larreátegui.

Pero no con sorpresa que, en lugar de las buenas condiciones líquidas del agua que habian llamado la atención de

todos los que há poco habian acompañado al aldeano á pozo, la contenida en la marmitta estaba amarillenta ó oscura mas bien, y mucho mas cenagosa y sucia que aquella con que mitigaron su sed los soldados.

El presidente preguntó al soldado la causa de la variación que notaba entre el agua del pozo y la de la marmitta, y éste contestó con la mayor naturalidad del mundo, y con voz potente á fin de que le oyeran todos sus compañeros:

—Ho romovido el fondo, porque allí será donde se encuentra el veneno.

Parecióle al jefe dudada la observación, por mas que la considerara poco caritativa, y entregó al soldado la marmitta para que se la llevara al reo, que fija la mirada en el capitán, su defensor, parecia indicarle que no tuviese cuidado por su suerte.

Cuando el gastador acercó la marmitta á Juan Blas, díjole este casi al oído:

—Para ti y para los demas, será un bien que cuanto antes te saque Dios de este mundo. El te perdono, como te perdono yo.

Y cogiendo la olla de hierro con pulso seguro; llevó el borde á sus labios, y se puso á beber sin verter una sola gota, con todo el sosiego y la calma toda del gloton que saborea un esquisito manjar. No parecia sino que el contenido de la marmitta era un néctar delicioso que e devolvía sus fuerzas debilitadas, segun la satisfacción y el placer que rebosaba en el semblante del anciano al paso que consumía el líquido que esmba condonado á beber.

Dos ó tres veces separó la marmitta de sus labios, con el fin de descansar q tomar aliento para continuar su libación interrumpida.

Aviso

Suplicamos á las personas que han recibido circular de la Comision Directiva solicitando la donación de algunas obras para la formación de la Biblioteca de la sociedad Laurak-Bat, se dignen contestarla á la brevedad posible, á esta secretaria calle del Norte núm. 19, plaza Independencia.

Hace público su agradecimiento á la vez la Comision Directiva á todas aquellas personas que han respondido á los deseos de la Sociedad.

R. Casamayou, Secretario.

Se desea saber el paradero de los siguientes señores:

Alejandro Aguirre, natural de Puenteleña, llegado al Río de la Plata en el año 1817.—En 1824 escribió desde Montevideo, sin que se tenga noticia alguna posterior.

Un señor D. José Nicolás Trejoy dió la noticia de su fallecimiento ocurrido en un hospital de Buenos Aires, sin que se haya podido obtener constancia alguna á este respecto.

Id. de José Juan Giorreno de Ascaso, Guipúzcoa.

Manuel (de) Urbina, Español, de 51 años de edad (según el acta del 28 de Agosto de 1822, con destino á Buenos Aires su esposa Mariana Erroz desea saber su paradero.

Id. de Lorenzo Michelorena de Legasa en Navarra, llegado al Río de la Plata el año 1806, se aplica á la hermanita de Buenos Aires en transcripción de este aviso.

Id. de Juan Cruz Elorza, de 26 años de edad, natural de Arpeitia (Guipúzcoa); vino á Buenos Aires el año 1822 y al poco tiempo pasó á la República Oriental.

Se desea saber el paradero de Julian Estegui llegado á esta en el año 1823 en uno de los buques de los señores Apetegui á pedido de D. Julian Aristegui (de Mercedes) que se interesa por dicho señor.

Se desea saber el paradero de José María Muezzu á Iriarte, natural de Albiast, provincia de Guipúzcoa, de edad de 25 años.

Id. de don Ignacio Lejarzauri, (hermano de 50 años e de su hijo Filadelfo del 27, dependiente de Comercio, llegado el 10, en 1829 y el 29, en 1822, para comunicar asuntos de suyo interes.

Id. de don José Domingo Zúñiga y Arleta, natural de Urduñu (Bizcaya) navegante de profesión.

Se cree haya fallecido en esta Capital: á quien sepa algo á su respecto se lo agradecerá comunicar á don José Arteaga, calle de las Piedras número 139, años.

Se suplica á todas las personas que tengan noticia de su vida ó fallecimiento, y especialmente al Sr. Trejoy se sirvan comunicar á esta oficina.

Id. de Ramiro Miqueira de oficio sombrerero, natural de Vitoria, llegado á este país en 1874 y trasladado á Rio Janeiro á fines de 1876.

Se desea saber de Miguel y Patricio Sagardia, naturales de Erro (Navarra) cortador de leña el primero y hornero el segundo, radicados en el Departamento del Salto.

Id. de Juan Fermín Barberena, natural de Berueta (Navarra); hace tres años se ocupa alambriendo los campos en el distrito de Parangos.

Id. de Pedro Arteaga que trabajó en la carpintería de Gregorio Gusa (es para entregarle documentos) en España.

Id. de los señores Juan Fermín, Miguel Antonio y Agustín Arguñain.

Id. de Felipa Echevarría, viuda de don Juanquín Jurandaregui; ha como residido en San José.

Id. de Manuel Inchaurredo, natural de Gardejuela (Bizcaya), suplicándose donostiarra en el Acta (H. A.) Pareiro su familia radicada en Montevideo, suplica á nuestro hermano de Buenos Aires la reproducción de este aviso.

Josefa Beracieto

Hay en esta oficina una carta de fillos para esta Señora.

BIBLIOGRAFÍA VASCONGADA

Coleccion Alfabética de Apellidos Bascongados con su significado por D. JOSÉ FRANCISCO DE IRUGOYEN.

Se trata de recibir un reducido número de ejemplares de esta importantísima obra en la Sociedad Laurak-Bat, dondo se hallan en venta al mismo precio de 5 reales el ejemplar.

Ellos y nosotros episodios de la guerra civil por D. SABINO DE GOICOEHEA.

Los que se interesen obtener esta preciosa obra pueden ocurrir á la Gerencia de la Sociedad Laurak-Bat.

MONTevideo: Imprenta de Laurak-Bat de Zepou Tolosa calle 25 de Mayo, núm. 116 y 118